

## II ENCUENTRO MISIONERO DE EUROPA

### Homilía en la Eucaristía de clausura

Textos para la Eucaristía:

*Gen 26, 15-25.*

*Ef 4, 4-7, 11-16.*

*Jn, 15, 1-17.*

Queridos Hermanos y Hermanas:

Concluimos con esta Eucaristía el II Encuentro Misionero Claretiano de Europa. Vinimos con unos objetivos precisos y a lo largo de estos días hemos ido intentando alcanzarlos en clima de fraternidad y movidos por el sincero deseo de ser colaboradores en el construcción del Reino en Europa. Hemos hablado y compartido sobre la compleja, desafiante y prometedora realidad de este continente. Nuestra condición de Misioneros universales nos obliga a ser vigilantes y seguir el curso de los acontecimientos históricos, culturales, económicos, sociales y religiosos de sus pueblos. Nuestra vocación universal nos pide, y así lo hemos expresado en distintas intervenciones, pensar, trabajar, orar y sufrir por la causa de Jesús en Europa con efectiva solidaridad hacia los otros continentes, sobre todo hacia aquellas regiones más necesitadas de ayuda para dignificar la vida de los hombre, mujeres, jóvenes y niños.

Durante el Encuentro hemos gozado escuchando, compartiendo y entreviendo la rica vida misionera que se nos presenta en el futuro. También hemos sufrido al constatar los grandes desafíos y nuestra fragilidad para darles adecuada respuesta. ¿Qué podemos hacer ante la inmigración, ante el neoliberalismo económico, el consumismo y el hedonismo, ante el institucionalizado individualismo; ante los toxicodependientes, las mujeres maltratadas, el sida, la falta de respeto a la vida y tantas otras lacras sociales? Sobre todo, ¿qué podemos hacer para ofrecer sentido y esperanza; para hacer crecer en nuestros pueblos la solidaridad?

Tenemos que agradecer habernos sentido interpelados e insatisfechos. Realismo y humildad son dos presupuestos elementales en nuestra vida misionera. Sería demasiado presuntuoso por nuestra parte querer dar respuesta a todos los problemas de Europa. Nos llevamos unas cuantas y profundas preocupaciones. También hemos concordado algunas orientaciones que nos ayudaran a seguir empeñados en ofrecer nuestro pequeño aporte en la realización del sueño que todos tenemos por una Europa *casa de todos, cristiana y solidaria* con los más pobres y marginados.

Cada celebración de la Eucaristía nos introduce en el genuino dinamismo de toda forma de servicio misionero. Hoy, una vez más, la Palabra de Dios nos convoca, nos interpela, nos ilumina, nos empuja y nos eleva a situarnos en la adecuada perspectiva en la que debemos vivir y trabajar por el Reino de Dios en Europa. Europa es el continente de la palabra pensada, razonada, discutida y tergiversada. También manipulada. Nosotros como misioneros animados

por la fuerza de la Palabra y amaestrados por María, quien la escuchaba y meditaba con profunda veneración y amor, nos sentimos llamados a ser los misioneros de la Palabra vivida y proclamada con el ejemplo y con la convicción de que es palabra de consuelo, de esperanza y de transformación. La garantía en nuestro hablar nos la ofrece la misma Palabra de Dios que se hizo hombre, habitó entre nosotros y se entregó a la muerte para que tuviéramos vida y la tuviéramos sobreabundante.

He escogido tres textos de la Palabra de Dios muy conocidos para esta celebración. No son los del día. Los he escogido pensando en que su mensaje nos ayude a recordar algunas cosas que ha querido comunicarnos el Espíritu estos días y que hemos vivido como gracia.

## **1. Nuestra herencia y tarea evangelizadora en Europa.**

El capítulo 26 del libro del Génesis puede ayudarnos a valorar la herencia de vida misionera recibida y a alumbrar nuestra tarea. Se trata del momento en que Isaac se constituye en el verdadero sucesor de Abrahán. Isaac ha recibido la bendición del Señor, un estilo de vida, un cúmulo de bienes y unos pozos. Fijando la atención sobre lo que le sucede en torno a los pozos observaremos que es vano su empeño en limpiar los pozos de su padre y seguir poniéndoles el mismo nombre. Esta faena que él cree fidelidad, es objeto de litigio. Sólo cuando se retira, cuando se va a la frontera, al límite del desierto, y empieza a excavar y a hacer su pozo nuevo, saca agua y nadie le molesta. Junto aquel pozo le llegó la visita de Yahvé: *“Yo soy el Dios de tu padre Abrahán. No temas, porque yo estoy contigo”*. *“Allí construyó un altar e invocó el nombre de Yahvé”* (vv 22-25). La lección es bastante obvia. Isaac no llega a ser heredero por empeñarse en conservar los pozos viejos con sus antiguos nombres. Se hace heredero ejercitando el arte de excavar pozos en la frontera, en el límite del desierto. Allí encuentra el agua viva. Otro tanto nos sucede a nosotros. La herencia no son los nombres, los edificios, las obras, las grandes empresas, las tradiciones, los métodos hasta ahora utilizados, sino el arte de buscar “agua viva” para la Iglesia y para los pueblos, aunque tengamos que despojarnos de los habituales modos de actuar, de nuestra forma de relacionarnos e, incluso, de situarnos ante la realidad.

Hermanos y hermanas, nos vemos impulsados a ensayar nuevos caminos, nuevos métodos, nuevas formas de contar con todos aquellos que buscan, como nosotros, la transformación del mundo según el designio de Dios. No podemos atarnos a las tradiciones ni apoyarnos solamente en la experiencia conseguida en nuestro apostolado. El cambio de época postula un continuo repensar y un continuo habilitarse para la misión. La misión evangelizadora en Europa exige *sagacidad, competencia y audacia*. No es fácil devolver la esperanza al hombre, al joven, europeo. No es fácil crear un clima espiritual en la sociedad donde el hombre se sienta hijo de Dios, hermano de sus semejantes y responsable del bienestar de los demás. Junto al testimonio inequívoco de fidelidad al Espíritu, se requiere una palabra autorizada que les permita entrever que Jesucristo, viviente en su Iglesia, es fuente de esperanza para la sociedad y el mundo actual. Para comunicar la fe con credibilidad es preciso recorrer el camino y compartir, como lo hizo Jesús con los discípulos de Emaús, con aquellos

que viven desilusionados, desencantados, desinteresados. Y esto sólo puede hacerse desde un estilo de vida pobre, sencillo, desinstalado y compasivo. A la gente sólo se le abren los ojos cuando ven “compartir el pan”. Así es como ofrecemos signos de esperanza para Europa.

## **2. Nuestro horizonte y talante evangelizador**

El texto de la carta a los Efesios nos ayuda a recordar cuanto en estos días hemos podido entrever y anhelar por llegar a una misión compartida, congruente con nuestro carisma claretiano. Antes de hablar de compartir, hay que acentuar que la misión precede a la misma Iglesia y precede, por lo tanto, a la Familia Claretiana. En el plan salvífico de Dios la misión la realiza Jesús con la fuerza de su Espíritu quien le unge para anunciar la Buena Nueva a los pobres (Lc 4,18). El Espíritu reparte sus gracias y ministerios para prolongar la misión de Cristo de muy diversas maneras. Existen muchas semillas del Verbo esparcidas en la humanidad que también quieren germinar y hacer patente la presencia del Reino. La misión compartida se inscribe en el horizonte del ancho y profundo dinamismo del Reino. Por otro lado, y ya dentro de nuestro reducido ámbito intraeclesial y de Familia Claretiana, aunque los miembros de las ramas de nuestra Familia fueran numerosísimos y, aparentemente, no necesitásemos de ninguna ayuda para llevar adelante las obras apostólicas, por fidelidad al carisma de San Antonio María Claret, en quien inspiramos nuestro modo de evangelizar, habríamos de compartir la misión. “*Hacer con otros*” no es la expresión de una estrategia humana para resolver carencias en la evangelización. Es un imperativo carismático para todos, para Misioneros, Misioneras, Seglares Claretianos, Institución Claretiana, etc. Nos es obligado seguir profundizando sobre el significado y alcance de la “misión compartida”, que está llena de contenido analógico y no se puede invocar de forma unívoca en todos los círculos de referencia ni en todos los ámbitos de pastoral. Pero ya tenemos un gran paso dado: haber descubierto el nuevo horizonte en el que la “misión compartida” nos sitúa.

En el texto de la carta a los Efesios podemos apreciar la mística corporativa en la misión. Estos versículos nos invitan a repasar las actitudes fundamentales con las que evangelizar. El reconocimiento de la diversidad de dones y la mutua aceptación en la diversidad, nos hace fecundos en la caridad. Cada uno aporta según el don recibido del Espíritu. Sólo se construye desde la diferencia. Entre todos podemos y debemos hacer crecer el Reino y llevar a la adultez el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Por eso, “hacer con otros” es una nota esencial de nuestra espiritualidad misionera claretiana. Implica una forma de ver, de apreciar los valores humanos y religiosos, de organizar y de actuar la misión. Lo cual exige actuar lo que, siguiendo a San Pablo, quería el P. Claret: una gran apertura de mente, una buena capacidad para acoger lo diverso, conjuntar iniciativas, sumar y multiplicar acciones con otros, a fin de que el Reino de Dios crezca.

Efectivamente, como en estos días se ha hecho notar, esto supone conversión personal y comunitaria, cambio en el estilo de las personas y comunidades, sean comunidades de Misioneros sean comunidades cristianas parroquiales y educativas. Unas y otras han de ensayar nuevos modos de relacionarse y ser más abiertas y acogedoras, dialogantes y

tolerantes; ser signos de comunión e instrumentos de comunión. Hemos de prepararnos para entrar, vivir y actuar en red; para acoger a gentes de otras culturas y confesiones, para superar diferencias en la forma de pensar política y teológicamente; para planificar y trabajar en equipo, comenzando con los que convivimos.

### **3. Condiciones para pertenecer a la comunidad, dar fruto y que el fruto permanezca**

El texto del Evangelio de San Juan tiene un contexto preciso. La comunidad creada por el Espíritu, que se hallaba en expansión y era considerada como alternativa al mundo opresor, atraviesa momentos difíciles. Por un lado, está el dolor causado por algunas defecciones. Por otro, experimenta cierta fatiga en la misión y parece dudar de si ésta llegará a ser fructuosa. - Algo parecido a lo que nos está sucediendo en Europa-. El Evangelista, ante estos hechos, ofrece la alegoría de Jesús sobre la vid y los sarmientos, reitera el mandamiento nuevo y pone las condiciones para pertenecer a la comunidad, para dar fruto y que el fruto permanezca.

La unión con Cristo es garantía de permanecer unidos los unos a los otros y de dar fruto. Sin nuestra unión con Jesús no podemos hacer nada. *No le hemos elegido nosotros a Él, ha sido Él quien nos ha elegido y nos ha hecho amigos suyos.* La pertenencia a la comunidad no está, pues, ligada a motivos institucionales, sino a la participación de la vida de Jesús dada por el Espíritu. Jesús llama a los suyos a la amistad con Él y entre ellos. El modelo de amistad es Él mismo que da la vida por sus amigos. La comunidad de amor mutuo, expresión de la vida divina, es el sujeto creíble de la misión. La fidelidad en el amor mutuo lleva a irradiar la alegría y a dar fruto duradero. Con las referencias a la vid y a la amistad Jesús nos está señalando dónde podemos verificar que nuestra misión está siendo fructuosa.

Hemos subrayado en los diálogos la necesidad de la espiritualidad. La misión compartida es por sí misma espiritualidad porque es entrar en la dinámica del amor del Padre a Jesús, del amor de Jesús a sus discípulos y del amor fraterno. En cada Eucaristía se nos invita a entrar en el dinamismo del amor de Jesús hasta el final. Se nos hace posible ajustar nuestra vida a su entrega generosa hasta dar la vida por los hombres. Por eso, la Eucaristía es el lugar de revisión, de purificación, de rehabilitación del misionero. Quien se atreve a participar en la Eucaristía plenamente y no se contenta con celebrar simplemente el rito o asistir a un acto de piedad, tarde o pronto ve crecer en torno a sí la comunidad y comienza a sentirse en solidaridad efectiva con quienes más necesitan de su tiempo, de su palabra, de su misericordia, de su vida.

### **4. Muéstranos a Jesús**

Terminamos nuestro Encuentro en sábado, día en que la Iglesia mira con especial devoción a María. Permitidme evocar la importancia de María en y para la evangelización de Europa.

Repasando el curso de la historia y rebuscando en cada pueblo aquellas esencias que han inspirado sus acciones más nobles, podemos apreciar la inconmensurable aportación del cristianismo a la fundación y desarrollo político, jurídico y cultural de los pueblos de Europa. ¿Cuál ha sido la influencia de María, la madre de Jesús? ¿No estará María, al igual que Jesús, entre esas esencias inspiradoras del espíritu de Europa?

María ha sido el punto de referencia más sencillo, pero a la vez más multitudinario, que las gentes de los pueblos de Europa han tenido para la esperanza y el sostén de sus vidas. En torno a los santuarios marianos se han reunido frecuentemente grandes multitudes que se han sentido aunadas, hermanadas, convertidas en pueblo no violento, en pueblo de alabanza y de súplica. Los santuarios marianos han sido y son lugares terapéuticos para los individuos y para las sociedades. Allí se regenera el entramado social. Se superan los odios, las venganzas, los latrocinios. Citar un santuario es evocar un lugar de experiencia de fe, oración y reconciliación; de ámbitos sagrados y puertas abiertas al cielo, a la utopía y a la esperanza. Son los lugares en los que el Magnificat de María se hace realidad permanente: “*¡Bienaventurada me llamarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí! Y allí María recuerda también a ese Dios que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, que a los hambrientos colma de bienes y despide vacíos a los ricos*”. Es como si María abriese al pueblo llano el camino de la justicia, de la paz, de la responsabilidad, del propio gobierno. Es como si María anticipara los sueños de igualdad, fraternidad y libertad que han caracterizado la última identidad de Europa.

Contar con María para conseguir la unidad europea de los espíritus no es una idea piadosa. Rebase las meras elucubraciones teológicas. Con María es posible encontrar la luz que la nueva Europa necesita. No para inventarnos una nueva profetisa, sino para redescubrir a la mediadora que ya tenemos y hemos tenido. Durante estos dos mil años, todos los pueblos de Europa han sentido viva la presencia de María en el origen de su vida cristiana y en los momentos decisivos de su historia en que han tenido que confesar la fe. María ha estado impulsando sin cesar la acción misionera de la Iglesia y alentando la religiosidad popular.

Cuando tanto nos preocupa la nueva evangelización en Europa, hemos de volver una y otra vez los ojos a María para que nos muestre a Jesús, fuente de vida y esperanza. María nos sigue enseñando a todos los evangelizadores que sin ternura, sin corazón, sin amor, no hay profecía creíble (EMP). Ella recorrió el camino de la fe y estuvo junto a la Cruz y en Pentecostés. Fue tierra buena que acogió la Palabra y la hizo fructificar el ciento por uno.

Que Santa María de Europa presente a su Hijo nuestra Familia Claretiana para que la bendiga y la llene de alegría en su servicio misionero.

Pamplona, 25 de agosto, 2001.

Aquilino Bocos Merino,cmf  
Superior General.